

“Y el Duero se sumergió por entre peñas y cerros, tan profundos que el abismo, lo va tragando en su centro.”

- Coplas de Cotorruelo (s. XIX) -

Ricardo Hernani

DESCUBRIENDO LOS ARRIBES DEL DUERO



■ Mula de Villardiegua

EN uno de los parajes naturales menos conocidos de la Península, recorrer el camino que corteja el Duero resulta un verdadero descubrimiento; la gran variedad de especies arbóreas, la fauna escapando a nuestro paso, la charla con los pastores, encontrar oficios que creíamos desaparecidos, escuchar viejas palabras cuyo significado necesita de explicación... caminar en la distancia y en el tiempo.

Parque Natural Arribes del Duero

CON el apelativo de Arribes, legado del latín *ad ripam*, se distinguen por estas tierras las escarpadas pendientes que protegen desde ambas riberas el devenir del río Duero, a lo largo de la impermeable frontera natural que forman las tierras lusas con aquellas que un día pertenecieron al antiguo reino leonés. Los *berrocales*, grandes peñascos de granito acunados por la erosión, dominan una comarca referida por la escasa y envejecida población local como *Las Arribes* en la zona salmantina, *Las Arribas* o *Los Arribanzos* por Sayago y Aliste, y en menor medida, pero de forma cada vez más popularizada, *Los Arribes*. El tiempo parece haberse detenido hace décadas en esta comarca, cuando los jóvenes en condición de intentar lo decidieron abandonar, protagonistas, y a la vez víctimas, de una emigración masiva. Dejaron tras de sí

a sus viejos, al ganado careando al cuidado de los mastines, abrigado bajo la sombra de solitarias encinas, los molinos aprovechando las aguas de la primavera, los *casales* de piedra para hombre y animal, los arados, los lavaderos, *chiviteros*, lagares, potros, hornos... y por ende, los arcaicos caminos que el zarzal invadiría.

Se darían cuenta de ello, primero las grandes rapaces: los buitres, águilas, alimoches, milanos... después la *zorra* como la llaman por aquí, que osada ella entraría en los corrales y pajares de los más mayores a robar las gallinas con nocturnidad y alevosía; incluso el lobo regresaría de sus cuarteles del norte. Al hombre aún le llevaría algunos años "comprender", entender el museo viviente que había heredado y enfrentar a sus autoridades a la necesidad de conservarlo. En 1998, sería Portugal el primero en reafirmar el "Parque Natural do Douro Internacional", al otro lado de las aguas, donde aún se escucha la lengua mirandesa. Cuatro años más tarde, sería la Junta de Castilla y León la que declararía el "Parque Natural de Arribes del Duero", englobando unas cien mil hectáreas y 37 municipios.

El "Sendero del Duero", el GR-14, atraviesa este Parque Natural de extremo a extremo, antes de encarar sus pasos hacia la ciudad-museo del románico. Son unos 90 km por tierras salmantinas, desde el Salto de Saucelle hasta el Puente de San Lorenzo, y otros 80 km por la zona norte de los Arribes en Zamora, territorio este aún más salvaje y original, por el que persigue en gran medida el viejo "Camino de los Arrieros", que desde Fermoselle peregrinaban la distancia a Aliste acarreando el vino para su venta.

Visitó la zona norte hace algunos años y quedé prendado de la misma. Me prometí volver para recorrerla a pie, como se ha hecho desde tiempos inmemoriales, de aldea en aldea, buscando la protección del inclemente sol, ardiente por estas latitudes, el disfrute de una naturaleza en expansión, y la plática con los locales.



■ Bloques de piedra, antaño sagrados



FOTOS RICARDO HERNANI

■ Tres siglos de historia sobre la fachada de un molino



Desciendo por la carretera que cicatriza la *Villa de Piedra* hasta el final de la misma, tomando a mano izquierda las marcas rojiblancas que tan útiles me van a resultar en estas tierras de escasos desniveles y referencias. Charlo con un anciano, con las manos manchadas del polvo de leña que acarrea sobre la carretilla. Se sorprende de que no quiera ganar Villardiegua, por el camino más fácil. Me señala el Carrascal, una más de las infinitas colinas onduladas que aparecerán ante mí en las próximas horas. Por suave terreno, disfruto de las primeras encinas con algún que otro roble robándoles protagonismo. Acompaño mis pasos a los de una mujer que me habla de los arrieros, y me muestra sus dos ejemplares de asno zamorano-leonés a los que acude a mirar, una de las rarezas equinas autóctonas que resiste en el viejo continente. Son las ocho de la mañana. "El campo es para estar, no para trabajar", me dirán más tarde.

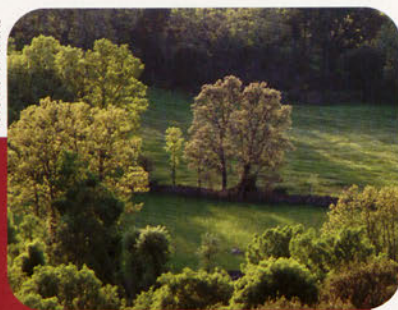


■ Crucero camino de Villardiegua

Primera etapa

■ Verde rincón en Fornillos

FOTO VICTOR CASAS



Villadepera - Gamones (25 km)

E LEGIDA Villadepera para comenzar la andadura, junto al codo que dibuja en los mapas el Duero, me ajusto las botas en el pórtico de la iglesia bajo un desgastado recuerdo a Primo de Rivera (0h). Superando el modesto ayuntamiento, busco el pozo de La Fragua bajando por la calle del mismo nombre. Villadepera tiene mucho que ofrecer al visitante: el museo sacro, creado sobre la base de la ermita de San Roque, el lagar de Pepe la Perdiz todavía en uso a la hora de extraer el mosto, o la fuente Beber, de origen romano. Pero sin duda alguna, el motivo más seductor es la visión panorámica que se disfruta desde el cercano mirador de la Peña Centigosa, a escasos 1,5 km. Concretamente de la silueta que nos devuelve el Puente de Requejo, el cual une esta vertiente con la localidad de Pino, en Aliste, al otro lado de las aguas. Cuando se inauguró en 1914 constituía el único paso terrestre seguro entre Oporto y Zamora.

Aparece el primer puente sayagués o *pontonera*, puzzle de lajas ahora innecesario por el estado del arroyo, y las primeras *cortinas* de piedra guiando nuestro caminar. A la derecha, se pierde el camino de La Barca. La pendiente se hace pesada, tanto que agradecemos la frondosidad de las encinas del Carrascal, superamos un abrevadero y la Fuente de la Santa por las propiedades que se le atribuyen, y en una finca no lo suficientemente cerrada para gusto del transeúnte, uno de los perros da el aviso al mastín que afortunadamente solo ladra a modo de aviso.

Hemos llegado al alto de la colina (1h 10), la señal indica que hemos caminado 5,1 km y que restan 2,8 km hasta la *Villa de la Yegua*. El paisaje ha cambiado radicalmente. Por una loma seca, reseca, el camino de tierra avanza hasta un cruce al borde de un crucero, el Pendonico (1h 30). A la derecha, una desviación se dirige al Muladar (comedero para aves carroñeras creado por el Parque Natural). Divisamos ya los tejados de Villardiegua. Antes de alcanzar el pueblo, la fronda nos acoge de nuevo, al tiempo que nos topamos con magníficos ejemplares de *palomares*, edificios de porte singular ideados para la cría de la paloma. Los caminos se unen a la entrada de la villa. Un anciano, acompañado de un perro de caza, me inquiera por el que he seguido. "Voy a conejos, iré por el otro", argumenta.



■ Enigmática cruz en el camino

Una brigada de jóvenes adecenta el abandonado parque infantil. Junto a la iglesia, sobresale el verraco prerromano, un toro que aquí todos conocen por la *mula*. Acompaña a tantas antiguallas encontradas en huertas y campos de cultivo. Nos alejamos del pueblo, saliendo del mismo por la Villa María. El camino esboza un gran rodeo acariciando el recorrido del Duero para ganar con posterioridad Torregamones. Se trata de uno de los tramos más desamparados de la ruta. Por terreno verde, húmedo, nos deleitamos con el disfrute de la vida: la presencia de las abejas que sirven al aldeano en unas modestas colmenas, las huertas bien protegidas por las *cortinas*, *cortinas* soportadas por lajas grandes llamadas *cincones* o *fincones*, cerradas por piedras que se apoyan en ellas, las *tijeras* o *dolas*, y rematadas por cantos pequeños que las rellenan, los *pelgones*. Sigo sin vacilación el cauce seco de un arroyo. Los conejos huyen raudos ante mi presencia. Cerca de varias construcciones empedradas, sorprende a la *zorra* atravesando una finca. Las charcas, almacenando agua aún en el verano, alivian la sed de las reses y en esta ocasión de mi perro, cansado acompañante. Privilegio remanente de otras estaciones en las que el agua se precipita en espectaculares cascadas sobre el río. Tras una bonita *pontonera*, ascendemos decididos entre grandes bloques de piedra moldeados por los vientos. Piedras sagradas que sirvieron de altar a cultos arcaicos. En el horizonte, en la otra vertiente del tajo fluvial, las aldeas portuguesas. Intuyo Aldeia Nova y Vale de Aguiá. El camino avanza paralelo al cauce, al encuentro de la visible construcción que domina Peña Redonda (3h).

Un gran bolo granítico la preside, oteando las aguas, estamos en un lugar mítico y místico, en el que se han hallado huellas de cultos prerromanos que adoraban a las fuerzas de la naturaleza. ¡Qué mejor lugar que este! Emplazamiento que también inspiró a los eremitas cristianos, y a quienes levantaron la ermita de San Mamede, protector de los lactantes y de quienes sufren de enfermedades óseas. Devoción traída por peregrinos jacobeos en tiempos muy posteriores a los de quienes habitaron este castro amurallado. Desde este punto, desciende al Duero el sendero conocido como Paso de las Estacas. Estremece escuchar el relato acerca de quienes se jugaban la vida engañando al río. Contrabandistas que acarreaban tabaco, café, aparejos... evitando la vigilancia de la Guardia Civil o de sus homólo-

■ Moral de Cozcurrita



■ Río Duero desde el mirador de Las Barrancas

gos lusitanos; jóvenes que se enamoraron al otro lado del río, cuadrillas que buscaban la jarana de las fiestas... Madoz lo describe de forma impecable en su Diccionario: "ordinariamente el Duero se halla tan metido en madre en este punto, que se atraviesa con un tiro de piedra (...) a su final se halla la Piedra del Salto, desde la que hay que hacerlo con bastante peligro a una gran lastra algo perpendicular; siguen detrás otros peñascos y aberturas que vencer, hasta pisar el territorio portugués".

Me acompaña una gran sensación de soledad, pero me siento incapaz de imaginar la temeridad, movida por la necesidad o la valentía, de estos héroes anónimos. Sumidos en el desamparo de este paraje, habiendo dejado atrás kilómetros de yermos, apenas atisbando una senda entre matojos iluminada por la luna... debajo el rugido de las encajonadas aguas.

Absorto prosigo la ruta, ahora conocida como "de los Molinos". En un bello entorno húmedo, aparece el que llaman Recatán (3h 20), y poco después el desvío al molino de las Lucías. Merece la pena también visitar los *chiviteros*, construcciones de piedra creadas por un pastor local en uso hasta la década de los noventa. En ellas protegía la *cabriá* y sobre una cama de tomillo dejaba a los chivos lechales para defenderlos de la *zorra*.

Podemos descender hacia Torregamones por la propia senda de los *chiviteros* o retomar el sendero de gran recorrido. Por este último, superamos un tercer molino y remontamos el valle de Los Payeros hasta el paraje de La Guidica. Las *cortinas* de piedra nos avisan ya de la cercanía del hombre. Converso durante un buen rato con un pastor, protegido del sol bajo la encina. Me pregunta de dónde vengo y a dónde voy, me pregunta por cada rebaño de ovejas y vacas que he visto desde Villardiegua, aunque yo realmente solo me he fijado en las suyas por la presencia de un par de ejemplares de vaca sayaguesa fácilmente tomadas por toros, si he visto al pastor o a la pastora, él también caminó mucho en sus años de juventud y creo adivinar tras sus palabras un buen puñado de historias interesantes.

Alcanzo Torregamones (4h 45). Ante mí se presenta un pueblo que ha crecido con cierto desorden, carente de una estética única, lejano queda ya el ambiente de las ferias de ganado de antaño. Atravieso el asfalto de una carretera, tan vacía como la ruta, en dirección a Gamones. Apenas quedan un par de kilómetros de tranquilo devenir, por un ancho camino entre *cortinas* bajo la sombra de los árboles. Gamones (5h 30), el pueblo que moldeó la madera de *negrillo* a fuego y agua, para construir los arados y las puertas, y también los carros.... En los años ochenta arribó un visitante inesperado de América, un hongo que mató a este árbol entonces omnipresente, generoso en su fruto y en el frescor que su sombra proporcionaba tanto en plazas como caminos.

■ Chiviteros, arquitectura popular y de utilidad

FOTO VÍCTOR CASAS



Segunda etapa

Gamones - Fornillos de Fermoselle (25 km)

C HARO, de "La Casa de los Arribes", me traslada al inicio de etapa: Gamones. Por el camino le pregunto por los mastines. "No hay peligro si no entras en sus dominios, si no te sorprenden en medio del ganado." En su propia nave, y mientras ordeñaban las ovejas, le arrancaron a

un paisano el mono de trabajo de una certera tarascada. Trago saliva. Me explica también el reparto de los proyectos hidroeléctricos al que llegaron ambos gobiernos. Básicamente España se quedaría con los que se construyeran en la frontera Salamanca-Portugal, al tiempo que Portugal se quedaría con los que se levantaran en los lindes zamoranos. Las presas trajeron a las compañías eléctricas y estas las inversiones, las becas, las ayudas... que por dicho motivo se olvidarían de los Arribes de Zamora.

Busco en Gamones (0h) el arroyo del Mimbrero, que me va a servir de referencia inconfundible durante la mayor parte de la jornada, hasta Badilla, y posteriormente hasta los últimos repechos que ascienden a Cozcurrita. Por la calle La Iglesia y el Centro Cultural del pueblo, tomo a mano izquierda superando el primero de los molinos (0h 10), salto sobre lastras en el terreno, cruzo por obras de arte rurales en forma de puentes, nuevos molinos, pequeños, en piedra, la senda imperceptible entre la vegetación. Varias *porteras*, o puertas, evitan la fuga del ganado de los pastizales. En alguna de ellas me detengo. Oigo el tañido de los *changarros*. Oteo el rebaño, busco al pastor, y a los perros. Abro la *portera* y atravieso. Antes de ello, alcanzo incluso a descubrir de nuevo a la *zorra* agazapada en alguna finca adyacente.

Nuevos molinos, Matarranas y Carrizo, recuperados por anónimos autores locales, nos dan la bienvenida a Badilla (2h). Atrás, 8 km de descubrimientos. Lástima no haberlos recorrido en primavera, la época que recomiendan los lugareños, cuando la mayor presencia de agua hace hervir de vida los contornos del arroyo.

El camino bordea la localidad, rozando la iglesia, y siguiendo el precario cauce por las inmediaciones del molino Pachón, alzado sobre la propia roca. Atravesamos la fresneda, donde descubrimos una enigmática cruz blanca en la que creemos leer una inscripción. El terreno comienza

■ Dejando atrás Fornillos de Fermoselle





■ Cabras cerca de Pinilla de Famoselle

a abrirse. Se convierte en uno de esos espectaculares valles verdes de encinas dispersas, tan típicos de latitudes extremeñas. Sorprendo a un magnífico ejemplar de águila calzada que levanta agitada el vuelo a mi paso. Pierdo la ruta, pero no importa. En el alto, es fácilmente identificable ya la elegante soledad de Cozcurrita (2h 50). Busco la sombra de su coqueta iglesia. A su lado la *moral*, el árbol que ha bautizado pueblos, tan característico de los pueblos de Sayago, cuando a la salida de la misa dominical conversan bajo ella los vecinos. Bello enclave Cozcurrita, uno de los más bonitos del periplo, afeado desgraciadamente por el depósito de aguas que emerge sobre los tejados. Presiento junto a mí el Duero. Al otro lado del barranco y arroyo del Pisón, la ermita de Nuestra Señora del Castillo, poseedora de uno de los miradores más privilegiados, el de Las Barrancas, frente al pueblo portugués de Freixiosa. Decido no seguir el trazado del "Camino de los Arrieros", que por la ermita desciende después a Fariza. Conozco el lugar de otro viaje, así que pendiente abajo gano de nuevo el arroyo, el viejo arroyo que nos ha acompañado desde la mañana. Coqueteamos con la carretera, con el asfalto que nos parece ahora tan extraño, hasta que el camino se separa del mismo y enfila con rumbo fijo hasta la siguiente localidad, Fariza (3h 35).

Entramos en ella por su Puente Grande, y ante nosotros Fariza también se nos antoja extraña, grande, demasiado vital para lo que ya nos hemos acostumbrado. La abandono con celeridad, de nuevo al encuentro de la naturaleza. Recuperamos la soledad tras traspasar la carretera que sube desde el casco urbano a la ermita del Castillo, ascendiendo ligeros con los pueblos de Portugal en el horizonte, y el camino convertido en polvo. Un descenso pronunciado a una quebrada y su posterior ascenso nos hacen surcar yermos carentes de vida. Los rebaños de ovejas, dispersos en pequeños grupos, se protegen del sol bajo los escasos árboles. Inmóviles, atenazados por el calor. Desciendo a Mámoles (4h 30), carente de vida a esta hora del mediodía. Mientras busco la iglesia, converso con un anciano. Le pregunto por el camino a Fornillos, última parada y fonda. Me habla de la *zorra*, que llegó a matarle todas las gallinas, que le roba algún que otro cordero y lo intenta de nuevo cada noche. Me habla de los vientos, de donde soplan y hacia dónde. Recuerdo que tan sólo han sido dueños de sus tierras desde hace 150 años, antes pertenecieron al clero y a la nobleza.

Mámoles, el pueblo de las ovejas, de las viñas cultivadas en un entrante al Duero que aseguran un rico clarete, de los lagares excavados en las rocas del cercano Cueto que se emplearon hasta la década de los sesenta. Se sale de Mámoles tras gozar de la sombra de su iglesia, después se busca el arroyo, y los molinos, y las cuevas que dan paso a terrenos ganados a la piedra con la ayuda de los riñones y el asno.

Víctor Casas, el autor que tan bien ha retratado los Arribes, nos cuenta que "Llegamos a la alambrada que separa



■ Cruz de la Figalina

los pueblos vecinos; podemos desviarnos un poco a la derecha y disfrutar de una buena vista del Duero encajado; aún se intuyen algunas casas de Mámoles y de Vila Cha, y enfrente está Picote con su cantera. Además de los árboles, las peñas, el agua y los buitres que vuelan en la lejanía, en el paisaje hay muchos nombres, aunque no los veamos: ese pequeño valle es una colaga, aquel techo de roca un palambrio, el terreno elevado un picón, una pared vertical una faya, y así: presa, pizarro, calzada, lanchal, costa, talla, palla, buraco, lastra... Además, ese valle de la izquierda se llama Ribayengua, al lado está el Piconico Llano, el Morterico y la Peña el Espinazo; cerca de allí, la Faya los Roqueros, el Chozo el Pobre, la Colaga la Carrasquera, el Picón del Majadal; más allá la Lastra Prieta y la Escalerica el Diablo, los Frañuesos y el Valle el Carballal. Nombres dejados por generaciones de cabreros y pastores que han conservado palabras ahora extrañas, en dialectos casi olvidados."

Llegamos a su pueblo, a Fornillos de Famoselle, donde haremos noche. Antes pasearemos por los potros de la plaza, en los que inmovilizaban a las vacas preparándolas así para las duras jornadas del campo, por las huertas regadas con cigüeñal, por la pequeña artesanía de mermeladas, por la bodega y quesería... Anochece, y el frescor se apodera de las calles, y las gentes salen a la fresca, a charlar, como siempre han hecho.

■ Puente de Requejo o Pino

FOTO VÍCTOR CASAS



Tercera etapa

Fornillos de Famoselle - Famoselle (15 km)

MENOS mal que aún queda el bar de Pepe, el bar de pueblo de siempre, porque un pueblo no puede estar sin un bar; sobre el otro, el del Rincón, vemos ahora el cartel de cierre por jubilación. "Los turistas necesitan un bar para beber", me dice Manolo el pastor a la salida del pueblo, apoyado en su *cayada*, rodeado de sus cuatro perros e inconta-



FOTO VICTOR CASAS

■ Estampa de Fornillos de Fornoselle

bles ovejas. Disfrutamos de la charla. Me habla de la sequía, sempiterno tema de las pláticas locales. Le recuerdo lo incomprensible del asunto dada la cercanía del Duero, a escasos 7 km. Sale a relucir la fatalidad local, tantos años de abandono y de ausencia de lucha también. Asciendo entre *cortinas*, las he visto ya como figuritas en venta a modo de souvenirs, repecho tras repecho hasta la cruz de la Figalina. En sus inmediaciones, la tierra es rojiza debido a la abundancia de arcilla. Gracias a esta, se produjeron cerámica y tejas, en los hornos del Barrero, en el paraje de Rieta la Encina, lugar de alcornoques sobre los que se frota el jabalí. Del alcornoque extrajeron los hombres el corcho que recolectaban durante el verano; del fresno, hojas y ramas para el ganado; de la encina, madera para combustible y sacos de bellotas para personas y animales; del enebro, la madera que ha de estar a la intemperie...

Cortamos la carretera a Pinilla y después la de Fornoselle. Divisamos ya el primer pueblo en la lontananza, detrás las aldeas portuguesas de Picote y Sendim, y entre viñas bien cuidadas y protegidas, descendo hacia el núcleo rural protegido del sol por el frescor que me proporciona la fronda. Saludo al cabrero, poco antes de ganar el último repecho a un pueblo (1h 10) donde todavía se recogen las aceitunas de los olivos para extraer el aceite del año. Antes me piden el pasaporte, y me hablan de que estamos tan cerca de Portugal, cobertura telefónica incluida, que son ya colonia lusa. Me detengo y me hablan de sus años de emigración en las fábricas de Alemania, "Sprechen Sie Deutsch?", inquieren.

Junto al Olivar Viejo, la senda prosigue unos 9 km hacia Fornoselle, la capital comarcal levantada sobre la propia roca y horadada después para las bodegas. Los primeros 2 km proporcionan unas holgadas vistas sobre el río, pero no quiero terminar la ruta en unas calles, ganadas desde hace años para el turismo. Además traigo conmigo desde Forni-

llos un nuevo compañero de viaje, Vigo, un avisado perro pastor, que ha hecho buenas migas con mi boxer.

Prefiero así la soledad de la cercana Peña del Cura, desde la que divisar por última vez el devenir del Duero, los olivares y viñedos lusitanos, el granito precipitándose por las pendientes, el vuelo de las rapaces... y tumbándome sobre la tierra poder releer a Miguel de Unamuno: "En uno de los repliegues de ese terreno se ocultan los hondos tajos, las encrespadas gargantas, los imponentes cuchillos, los erguidos esfayaderos, bajo los cuales, allá, en lo hondo, vive y corre el Duero, ya espumarajeando las rocas que aún no han cedido a su tozuda labra, ya despeñándose en desniveles, ya parándose un momento a descansar en angostos remansos, ya, por fin, zumbando bajos los peñascos en las espundias." □

Ficha técnica:

Itinerario:	Villadepera - Pinilla de Fornoselle (60 km aprox.)
Alojamientos:	www.lacasadelosarribes.com (En Fornillos de Fornoselle, del autor de los libros abajo reseñados). www.laventadelosarribes.com
Época recomendada:	Durante la primavera encontraremos la naturaleza en su máximo esplendor. Los inviernos son suaves pero los veranos ardientes.
Bibliografía:	Casas, Víctor <i>El sendero GR-14 en la provincia de Zamora. Parque Natural de Arribes del Duero</i> . Junta de Castilla y León, 2007. Casas, Víctor <i>Itinerarios de naturaleza y cultura. En el Parque Natural de Arribes del Duero. Hacia el norte. Sayago y Aliste</i> . Junta de Castilla y León, 2007.
Páginas web:	www.sayago.com www.arribes.net www.arribesdeldouro.com